

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

El último fin del hombre.

(Continuacion.)

No basta conocer á Dios para salvarse, sino que además de la ciencia divina, ó el conocimiento de la doctrina cristiana es necesario amar á Dios sobre todas las cosas, y estar dispuesto á perderlas todas antes que ofenderle. *Creatus est homo ut summum bonum intelligendo amaret.* Aunque tuvieseis el don de profecía, el don de lenguas, el don de inteligencia y todos los carismas, sino teneis amor de Dios, nada teneis. Aunque conociéseis todos los secretos divinos, y penetráseis todos los misterios, y domináseis con vuestra mirada el vasto campo de la ciencia teológica, sino teneis caridad, nada sois y nada teneis. La ciencia sin amor será destruida: la caridad permanece

eternamente. Cuanto mayor sea nuestro conocimiento, cuanto mas extensa y profunda nuestra ciencia, cuanto mayores sean las luces que Dios nos concede para perfeccionar nuestras facultades, y obrar nuestra salvacion eterna, mayor será nuestra responsabilidad si no hemos amado el Bien que tan claramente conocimos, si no hemos tenido caridad. *Cum enim augentur dona, rationes etiam cres cunt donorum* (1).

Conocer el sumo Bien que es Dios, propio es y digno de la criatura racional; es su vocacion, su primera necesidad, su mas inclinable obligacion, y la condicion necesaria de su dicha; pero conocer á Dios y no amarle, es imitar la conducta criminal y desastrosa de aquellos filósofos que

(1) Gen. 2.

habiendo conocido á Dios, no le glorificaron como á Dios, que llamándose sábios se tornaron necios, y se disiparon en vanos pensamientos, y se labraron su eterna perdición.

¿No es esto lo que vemos y tocamos en nuestros días? Piensan los hombres seducidos por su propio juicio que su ley es el egoísmo y su fin la dicha terrena.

Conocen por las luces de la fé y saben por las enseñanzas infalibles de la Iglesia que el fin total de su existencia se cifra en amar y servir á Dios en esta vida, y en poseerle y gozarle en la eterna vida; pero cerrando los ojos á la luz hermosa de la fé, y rebelándose contra las enseñanzas divinas, se constituyen á sí mismos en ídolos, y se aman y se sirven á sí mismos con un amor culpable, llevado hasta el desprecio de Dios. ¡Error lamentable! Enseña Pico de la Mirandula que Dios en la creación del mundo señaló á cada una de las criaturas su propio lugar; á los ángeles el cielo, á los animales la tierra, á los peces el agua, á los astros el firmamento, á las aves el aire, pero al hombre no le señaló un lugar estable y permanente, puesto caso que si le colocó en el Paraíso, no fué para que allí permaneciese, sino para que lo cultivase, y cus-

todiase como dice el sagrado texto: *Ut operaretur et custodiret* (1). ¿Cuál es el lugar propio del hombre, su puesto y su destino?

El autor citado responde que al hombre no se le asignó un lugar determinado para darle á entender que su vida debe ser en Dios que es lugar propio de los espíritus, y su razón explícita, estreita polar de las inteligencias, verdad eterna, sabiduría eterna y bien soberano, infinito y eterno de nuestra alma inmortal. *Nullum consignavit locum homini, ut edoceret, in Deo qui propius ejus locus, vivendum esse.* Subid en espíritu hasta la cuna de la humanidad, poned los ojos en el Paraíso. Todo es allí triste y desagradable. Los árboles dejan caer sus hojas, las flores aparecen marchitas y deshojadas, los animales cambian su mansedumbre por la fiereza, el sol está mustio, el cielo se cubre de siniestros celajes, que pronto se tornan amenazadores nubarrones; y luego fulgura el rayo, retumba el trueno y rebrama el huracán convirtiendo aquel lugar de perfumes y armonías en una mansión desolada. El padre de nuestra raza no se deja ver en el Paraíso. ¿Dónde está? ¿Por qué se

(1) Pico Mirand. lib. 1, de op. sex dierum.

ha escondido? El Señor Dios, dice el Génesis, descendió al Paraíso, y en alta voz preguntaba: *Adán ¿ubi es?* ¿En donde estas, Adán?

No ignoraba el Señor el lugar donde se había escondido, huyendo de los elementos rebeldados, y avergonzado de su rebelión contra la ley de su Dios. Con todo pregunta el Señor ¿dónde estas, Adán?

Porque á decirlo con San Ambrosio, despues que Adán pecó, Dios no le encontró en sí que era antes el lugar de su morada. Mientras nuestro primer padre se mantuvo en la gracia recibida, estaba en Dios como en su centro y Dios estaba en él como en su hijo predilecto, como en su imágen y semejanza. Mas por el pecado se apartó de su centro que es Dios, y cayó en sí mismo lo cual equivalía á caer en el abismo de todas las miserias. Por eso el mayor de todos nuestros males, el sumo mal es el pecado porque nos roba el sumo bien que es Dios, y nos aflige con males temporales y con el mal supremo de la condenacion eterna. No es así como discurren la mayor parte de los mortales. De aquí procede esa triste desolacion en que se halla la tierra, á saber; porque nadie piensa ni medita de corazón *Quia nulus est*

qui recogitet corde. Se buscan con afán desordenado los bienes caducos de la tierra, y apenas se dedica un momento á la consideracion y logro de los bienes eternos del cielo. Por un lucro mezquino se viola la ley, por un vil deleite se ofende á Dios, por un bien pasajero se renuncia á un bien eterno, y se bebe como el agua la iniquidad. Esto es un desórden intolerable. No puede ser mayor ni mas desastroso el desórden que consiste en el amor de las criaturas, llevado hasta el desprecio de Dios. Buscamos lo primero los bienes sensibles, olvidamos, ó menospreciamos el bien sumo, y en justo castigo de tamaño desórden somos privados áun tiempo de los bienes temporales y de los bienes eternos. La palabra de Dios es eterna, y está escrito que el pecado hace miserables á los pueblos y que perecen sin remedio los reinos que no sirven á Dios y no buscan ante todo su reino y su justicia. El conocimiento de Dios y la ciencia de sus caminos nos hará verdaderamente sabios, y el amor de Dios que es el sumo bien nos dará la verdadera felicidad, si conservando hasta el fin esa ciencia sublime y ese amor santo y santificante llegamos á poseer aquel bien soberano y aquella

herencia incorruptible que Dios tiene preparada para los que le conocen y le aman.

Después del conocimiento y el amor es necesaria la posesion del Bien sumo que constituye el objeto esencial y adecuado de nuestra eterna felicidad, como veremos en el número siguiente.

(Se continuará.)

Z. M.

—=—

Nuestro venerable Pastor y amadísimo Padre ha dado á luz una Pastoral, llena de erudicion, de elevada doctrina teológica y filosófica, de profundas y atinadas reflexiones sobre las ventajas religiosas, morales y sociales que los individuos y las sociedades reportan de la observancia de la Cuaresma y fiel cumplimiento de todas sus prescripciones.

Tambien condena, citando sus nombres, algunos folletos obscenos é impíos, que han circulado en esta Diócesis, así como algunos periódicos de Madrid, no menos impíos y heréticos que vienen á esta ciudad, y circulan sin tropiezo, no obstante la obligacion de las Autoridades, consignada en el Concordato que es ley del Reino.

VARIEDADES Y NOTICIAS.

Lista de correos.

El invierno de 1847 fué como recorda-

reis, riguroso en extremo: el viento áspero y frio del noroeste sopló constantemente á lo largo de las calles, y hubo con mucha frecuencia, nieve en los tejados y hielo en el arroyo.

Una mañana del mes de Enero, Robert, —un antiguo empleado de correos, acababa de sentarse en su sillón, delante del encasillado en que se guardaban, ordenadas por orden alfabético, las cartas detenidas cuya distribucion le estaba confiada, cuando una mano tímida se puso á arañar discretamente, en el tabique del sombrío corredor que servia en aquella época al público de la sala de espera.

Robert abrió bruscamente el ventanillo y á seguida apareció en el reducido cuadro del mismo, una cara angulosa y famélica, iluminada por dos ojos de un azul claro, y rodeada de cabellos que eran amarillos, á fuerza de ser rubios.

Mientras Robert examinaba aquel extraño personaje, éste se habia enderezado un poco, dejándole ver su cuerpo flaco, desgarbado y ridiculamente vestido.

Llevaba una gran cásaca con las mangas deshilachadas, un pantalon gris claro, casi pegado á sus delgadas piernas, y debajo de su brazo izquierdo se balanceaba un viejo trombon, cuyas numerosas abolladuras y color verde sucio revelaban toda una historia de luchas desesperadas que tenian por epilogo una miseria resignada.

Todo su aspecto ofrecia un no se qué de triste y de grotesco á la vez; pero aquel pobre diablo se presentaba con un aire tan marcado de humildad, de dulzura y de melancolía, que Robert, á pe-

sar de su carácter severo, quedó turbado y como vacilante.

«Qué quereis? preguntó al fin de repente.

—Perdon *meinher*, respondió el del trombon, con un acento alsaciano muy pronunciado, yo soy Zimmermann, y desearía saber...

—Esperais alguna carta?

—Sí, *meinher*.

—De qué punto?

—De Schwalbach.»

Robert repasó en un momento las cartas contenidas en la casilla correspondiente, y sacó de entre ellas una enorme, de papel grueso y basto, y en cuyo sobre, escrito de distintas letras, se leía lo que sigue:

*Monsieur
Monsieur Zimmermann,
artista músico
de la commune de Bischowiller,
del canton de Schwalbach, ahora*

EN PARIS.

LISTA DE CORREOS.

Al todo siete líneas, de ellas las dos últimas escritas por mano inesperada sin duda, y cuyas letras aparecían hechas con la pretensión de copiar las de algún modelo de escuela de pueblo.

El fisco había puesto en el sobre un número 12; lo cual quería decir que no estando franqueada la carta, solo podría entregarse al destinatario, previo el pago de 1 franco 25 céntimos.

Robert alargó la carta á Zimmermann, que se puso á leer el sobre con mucha atención. Esto duró dos minutos largos, pasados los cuales la devolvió al empleado.

«No es acaso para vos? le preguntó este admirado.

—No *meinher!*

—Pues no hay otra á vuestro nombre.

Y bien!... ya volveré... respondió, con un suspiro el músico ambulante.»

Y saludando con una inclinación de cabeza, abrió la puerta y desapareció.

Cuando Robert volvió á verlo, al cabo de quince días, casi tenía olvidada esta escena. Una segunda carta había llegado entretanto: y maquinalemente, al oír el nombre de Zimmermann la cogió y la presentó al hombre del trombon.

Era siempre el mismo papel, grueso y pesado: la dirección aparecía puesta de igual manera, y con la misma extraña variedad de letras...

Como la vez primera, Zimmermann se entregó á un exámen minucioso y detenido del sobre, y por último, al cabo de algún tiempo, la entregó á Robert, diciendo que no era para él.

Después se inclinó, con el mismo aire dulce y humilde de siempre, y se retiró.

Dos semanas pasaron sin que se presentara de nuevo; así pues á Robert le quedó tiempo suficiente para reflexionar.

Robert no tenía ciertamente mal corazón; pero no le gustaba que se burlasen de él.

Y, á la verdad, le había asaltado una duda, acerca del hombre del trombon. Si; había sospechado, aunque vagamente en un principio, que en todo aquello se encerraba una mistificación; y no queriendo ser víctima de algún engaño, se había propuesto mostrarse firme en la primera ocasión.

Esta se presentó el domingo inmediato, hacía las ocho poco más ó menos de la mañana.

Cuando Zimmermann llegó, ese día, aún no había nadie en el corredor.

Según su costumbre, llamó pegando suavemente con los dedos en el tabique, y después de algunos segundos de espera, alargó la cabeza hacía el ventanillo.

Robert lo aguardaba ya.

«¿Quién está ahí?» preguntó con su rudeza habitual.

La fisonomía del hombre del trombon se iluminó con una sonrisa que hacía llorar.

«Soy yo! *meinher*... ya sabéis... respondió, vengo á ver...

—No hay nada para vos!

—Nada?... perdon... tal vez no me reconocéis... soy Zimmermann...

—Y bien!... lo sé perfectamente.

—Pero, es imposible...

—Sí, es cierto que hay una carta de Schwalbach, interrumpió Robert; pero como habeis rehusado las anteriores que llevaban la misma dirección, es inútil que os la enseñe.»

Una palidez livida invadió, al oír esta contestación, las facciones del Alsaciano.

Sus labios sufrieron una contracción dolorosa, y dos gruesas lágrimas velaron sus ojos azules.

«Es decir que no quereis enseñarme la carta, insistió Zimmermann, con una voz lamentable.

—Para qué?

—Yo no hubiera hecho más que mirarla!...

—No hay necesidad!... no tengo el

tiempo para perderlo... ya volveréis otra vez.»

Y Robert cerraba ya el ventanillo, cuando se detuvo estupefacto, helado.

Acababa de oír en el fondo del pasillo un sollozo desgarrador: el desventurado músico se había refugiado en un rincón, y con la cabeza oculta entre las manos, lloraba á lágrima viva.

«¿Qué es esto? ¿qué os sucede? exclamó Robert, precipitándose hacía él: vamos, qué teneis? hablad; que significa ese llanto?

Zimmermann alzó la cabeza y se esforzó por sonreír, á través de las lágrimas que corrían por sus mejillas macilentas.

«Perdonadme! balbuceó. Es más fuerte que yo... No puedo más... y prefiero decirlo todo... Ya veis yo he nacido en Schwalbach... y he tenido que abandonar mi pobre pueblo, porque si no todos hubiéramos muerto de hambre; mi buena Gretchen y yo... Vos no sabéis: Gretchen es una excelente joven de allá abajo: cuando nos casamos, ella tenía diez y siete años, y yo veintidos: solo hace nueve años de esto!

«Durante largo tiempo hemos sido muy dichosos... No éramos ricos, pero yo toco bastante bien el trombon; y todos los días me llamaban, ya á un lado, ya á otro para las fiestas, y siempre traía alguna cosa. Así íbamos pasando; la menuda familia aumentaba todos los años; ahora un niño, ahora una niña... Ah! si pudierais verlos!... hermosos como ángeles; las niñas sobre todo! Gretchen prefiere los niños, pero yo!.. Dios mío! os molesto acaso? Si lo deseais no diré

una sola palabra... por lo demás ya llegó al fin. Aquello no podía durar: pronto hubo nueve bocas que pedían pan, y lo que yo ganaba no era bastante para procurárselo... no hay necesidad de que os cuente estas cosas. Gretchen no comía... se privaba de su parte á escondidas, para guardar un trozo mas de pan á sus hijos! Cuando lo descubrí, pasé la noche llorando... la mañana siguiente habia tomado ya mi resolución. Pero venir á Paris no era nada: lo mas difícil era dejar á Schwalbach! Ya lo comprendeis, no es así?... No ver á Gretchen, no poder abrazar á mis pobres hijos!... Oh! no hay valor que pueda con esto!...

Y luego, una vez separados, como recibir noticias de ellos? Las ocasiones son tan raras, y las cartas cuestan tanto! Entonces imaginamos valernos de un medio que debia arreglarlo todo. Ya habeis visto los sobres de las cartas que he recibido, y habreis reparado que hay en ellos siete líneas, todas de letras distintas. Es que toda la familia ha puesto en ellos la mano; desde los mas crecidos, hasta los mas pequeños. De esta manera, me basta leer el sobre, para saber que el pequeño mundo de allá abajo, se encuentra bien y piensa en mí. Por lo que hace á la carta misma, tengo yo acaso necesidad de saber lo que dice? Sin duda contiene el corazón de Gretchen, y su corazón será siempre todo mio... Esto es lo que tenia que decir; y ahora vos me perdonareis, no es verdad? Sí, yo estoy seguro de no quereis hacer desesperar á un pobre padre, que no ama en este mundo mas que á su Gretchen y á sus hijos!»

Robert hizo entonces, lo que ciertamente hubiera hecho cualquier otro en su lugar: apresuróse á entregar á Zimmermann la carta, cuyo sobre decia para tantas cosas; durante todo el invierno de 1817, éste pudo tener, sin pagar nada, noticias frecuentes de su numerosa familia.

La anécdota termina aquí; pero yo no puedo resistir al deseo de contaros un último rasgo que es, en cierto modo su epilogo.

«La relacion de Zimmermann, añadió Robert, me hizo experimentar una de las emociones mejores de mi vida; pero lo que me convenció mas profundamente, aún, si es posible, fué lo que sucedió la mañana siguiente...

—La mañana siguiente?

—No, no cabe formarse idea...

—Qué sucedió pues?

—Acababa de levantarme: eran las ocho, próximamente, y concluía de tomar mi desayuno, para ir á la oficina, cuando de pronto se oyó en el pátio de la casa en que habitaba...

—El qué?

—Adivinadlo.... No podeis?... Pues bien oí el preludio de una balada popular, ejecutada por un trombon.

Era Zimmermann!.

—Ya comprendeis... el pobre hombre queria darme una prueba de su agradecimiento por el favor que le habia hecho, y no encontrando otro medio para manifestármelo, me daba la alborada á su manera.»

Una conversion.—El capitán de la marina mercante francesa y armador del buque *Entrepreneur* escribe al Obispo de Grenoble, en 12 del mes pasado, desde Málaga y á bordo de dicho buque; en dicha carta refiere los peligros por que pasó á la entrada del puerto de Málaga hasta que auxiliado por el vapor *Desiderade* fué salvado. En medio del peligro prometió hacerse católico; suplica al Obispo de Grenoble le recomiende en sus oraciones y promete cumplir su voto cuando regrese á Francia.

La Misa Reparadora.—Esta asociación piadosa, canónicamente establecida ya en Francia, tiene por objeto desagraviar á su Divina Majestad por medio de la asistencia reiterada al Santo Sacrificio de los ultrajes que recibe de parte de aquellas personas que, sin motivo legítimo, se dispensan de cumplir este precepto.

Como el Santo sacrificio de la misa es la continuacion del Sacrificio de la Cruz, y el único medio por el cual pueden dar á Dios las criaturas toda la gloria que le es debida, es evidente que los cristianos que no asisten debidamente á este Santo Sacrificio, no solo violan una ley eclesiástica, sino tambien la ley natural y divina, que nos obliga á reconocer y adorar á nuestro criador. La falta de cumplimiento de este precepto, muy general por desgracia, sobre todo en algunos lugares, viene á constituir una inmensa apostasía, que tiende nada menos que á destruir los efectos de la grande obra de nuestra redencion. Ahora bien; ¿que otra reparacion puede darse

tan digna del mismo Dios como el Sacrificio de reparacion por excelencia? Otras obras de reparacion hay ciertamente muy buenas y agradables á Dios; pero solo el Santo Sacrificio de la Misa encierra y contiene en sí mismo una reparacion completa y suficiente.

La practica esencial de esta devocion consiste en oír una Misa además de la de precepto todos los domingos y dias de fiesta, con la intencion particular y explicita de reparar la ofensa de alguno que sin causa suficiente deja de asistir al Santo Sacrificio. Cuando esto no fuere posible, se sustituirá esta segunda Misa recibiendo la Sagrada Comunion ú oyéndola el dia de trabajo con los mismos fines. Además, se comulgará una vez mas á la semana ó al mes, segun el consejo del confesor, y se hará intencion de unirse á todos los asociados, formando una comunidad de reparacion y adoracion á su Divina Majestad.

Coleccion

DE

Sermones, homillas y panegíricos,

obra original

escrita

POR EL DR. D. ZACARIAS METOLA Y CUENDE, CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS.

Cuatro tomos: en rústica 13 pesetas, en pasta 16.

Los pedidos al autor, añadiendo una peseta 50 céntimos para franqueo y certificado.

Imp. CATOLICA, Huerto del Rey 13.